



memoria; las cuales no ponemos aquí por no pertenecer á la crónica de España.

CAPITULO XXX.

Cómo los de Cádiz y sus fenices viéndose vencidos de los españoles, enviaron mensajeros á la gran ciudad de Cartago en Africa, pidiéndole favor, y de la buena respuesta que los cartagineses les dieron con ayuda de gentes, y de cuanto pedían.

Conociendo los de Cádiz y sus fenices que ya por ningun modo se podían conservar entre los andaluces, y que toda la gente de sus fronteras andaba movida contra ellos, tuvieron gran temor que pasados adelante se meterían dentro de la isla, para destruir cuantos pueblos hallasen en ella. Y mirando ser este peligro muy cierto si los andaluces porfiasen en la guerra, congojábanse mucho, no sabiendo parte, ni pueblo, ni provincia donde pudiesen hacer socorro, porque ya la ciudad de Tiro no tenía tal prosperidad cual solía, para que de allí le esperasen, á causa que pocos años ántes del tiempo que tratamos agora, gran multitud de esclavos extranjeros nacidos en diversas provincias que moraban dentro della, se rebelaron contra sus amos, y puestos en armas despedazaron cuanta gente hallaron dentro, y así tenían usurpada la ciudad con enemiga terrible de todos aquellos que primero valían y podían algo en Tiro, y en cualquiera otra parte de su parentela.

De manera, que con estar aquella ciudad de Tiro muy enflaquecida y deshecha por el daño que desto resultó, no hallaron los de Cádiz y sus confederados otro remedio sino despachar embajadores á la Señoría cartaginesa pidiéndoles ayuda, como de parientes principales entre su linaje, pues como ya contamos en lo pasado, la gran ciudad de Cartago con lo mejor de Cádiz fué todo poblacion de los vecinos de Tiro, y los de Tiro de los de Sidon y de los eritreos; de suerte, que sucedían los unos de los otros en una misma suerte y linaje. Estos cartagineses africanos andaban ya tan poderosos á todo cabo, que su ciudad era de las principales del mundo. Por tierra poseían las mejores provincias y tierras africanas, con casi todas las islas que van desde las fronteras de Italia hasta el Estrecho de Gibraltar, y por el agua ningun pueblo de cuantos había por esta sazón traía tales armadas, ni tal potencia sobre la mar; de lo cual allende que los autores gentiles cuantos escriben historias todos lo confiesan, hallamos tambien grande relacion dello por muchas partes de la Sagrada Escri-

tura y profetas, alabando las armadas de Tarsis, que dicen ser la mesma que la gran Cartago, segun escribieron los setenta intérpretes que trasladaron aquel santo volumen de hebraico en lengua griega. Y puesto que la ciudad de Roma tambien aquel tiempo creciese por las regiones italianas y subiese cada dia más, cierto sabemos que por estos dias no se comparaba con el poder de la gran Cartago. Llegados en Africa los mensajeros de Cádiz, hicieron muy entera relacion de cuanto pasaba en España, declarándoles el estrago que los andaluces habian cobrado por sus ejércitos, y como los tenían despojados de todas sus tierras cuantas poseían acá, las cuales eran suyas pacíficas, heredándolas de sus antepasados, labrando por ellas fortalezas y torres, edificando poblaciones, aclarando muchos mineros de metales y de pedrería preciosa, con acrecentamiento, prosperidad y mejoría de la provincia, procurando eso mesmo todos los bienes y provechos que podían á los naturales della, mostrándoles muchos artificios de gran industria, razon y humanidad; pero que los tales con su ferocidad y cruera natural, no agradeciendo cosas destas, los habian echado fuera del todo y embravecido por tal arte, que no contentos con las muertes y despojos que por ellos hicieron, se determinaban tambien á pelear contra los dioses y contra sus ministros, no teniendo memoria ni veneracion á las cosas divinas ni humanas, y les habian abrasado su templo que mandó cimentar y hacer el dios Hércules, con quien así los de Cádiz y de Tiro, como la gran Señoría de Cartago, tuvo continuamente su principal devocion, y les habian assolado la ciudad que tenían debajo de la proteccion y defensa de su divinidad, que no ménos la pudieran contar por lugar santificado y religioso de sus dioses, segun su concierto, justicia, buena gobernacion y santa manera; la cual, ya que todas las otras cosas le faltáran, merecía durar para siempre por la suntuosidad y hermosura de sus edificios y por los trabajos grandes, fatigas y gastos con que la hicieron, y que no contentos los andaluces con haber intentado tantas enormidades tan crueles y tan extrañas, cuales nunca se podrían contar, querían agora pasar dentro de Cádiz para los acabar de todo punto hasta que no dejasen memoria dellos, y despojarlos de la poca tierra donde su dios Hércules, hijo de Osiris, los habia puesto primero, y despues los de Tiro y Sidon se habian conservado con sobrada gloria de todo su linaje.

Por tanto les rogaban, que mirados estos agravios, como personas que tenían á la sazón el mayor poder y señorío de las gentes en



quien decían hallar remedio los afligidos y desconsolados, les favoreciesen á tal necesidad, aunque no fuese por más de por vengar el desacato que se tuvo contra los dioses inmortales, mayormente que segun el parentesco de los unos á los otros, era notorio de todos los daños que por Cádiz viniesen cabía gran parte dellos á la república cartaginesa. Con esto pusieron delante la grandeza y excelencias de España, su fertilidad, sus abundancias, los crecidos bienes que tenían de ganados, pastos, herbajes, bosques y montañas, las riquísimas venas de metales, los muchos y copiosos mineros de plata, de oro, de piedras preciosas, de las cuales mostraron margasitas y señales en gran diversidad, para que con la codicia desto se moviesen á más fácilmente les ayudar. Alabábanles eso mesmo la buena gracia del sitio que tenía, diciéndoles cuán apropiada la hallarían para los tratos de navegacion, por estar casi toda rodeada de mar, llenísima de puertos abrigados, donde podría Cartago tener salida para sojuzgar con sus flotas el mar Océano de Poniente, no ménos el Mediterráneo de Levante desde el Estrecho adentro, por haber en ella todos los aparejos cuantos en esto podían desear. Declararonles otrosí, la condicion y manera de los españoles, como todos en general eran por aquel tiempo gente sin recelo de mal ni de bien que les pudiese venir, cuán simples y descuidados vivían en todos sus negocios, esto no solamente los andaluces con quien habian de tratar la pendencia, sino tambien las otras naciones de más adentro, que ni se favorecían ni se buscaban, ni casi se conocían, y cuanto más adelante de la tierra moraban, tanto más eran ásperos y silvestres; lo cual sería todo muy gran ocasion para que fenecido lo del Andalucía, pasasen los cartagineses á las otras provincias y naciones restantes y las ocupasen fácilmente, sobre lo cual prometía Cádiz darles tal industria que muy en breve poseyesen todas las Españas á su voluntad. Finalmente, tantos articulos dijeron en esta razon, y tan bien lo supieron representar, que los cartagineses movidos á tan gran interese, determinaron darles cuanto favor fuese posible, puesto que tenían ocupaciones gravísimas de negocios importantes, y conquistas emprendidas en otras partes á que les era necesario mirar; pero con todas ellas, luégo como mejor pudieron aparejaron fustas y gente con capitanes y municion, mandándoles que de camino, si fuese posible, requiriesen las palizadas y reparos en las islas de Mallorca y de Menorca, que los años ántes habia su gente labrado por allí, con lo restante que sobraba, deján-

doles buen recaudo cuanto bastaba para las retener, se juntasen con estos otros á la jornada de España. Lo destas islas no se pudo por el presente hacer tan cumplido como debiera, y así despues de todos embarcados y juntos, llegaron á Cádiz con los embajadores sobredichos, que venían muy contentos á maravilla del buen despacho que traían. Esta fué la primera jornada que los cartagineses africanos hicieron de propósito á la tierra de España, en el año siguiente despues del rompimiento y desbarato de los fenices de Cádiz, cuando se contaban quinientos y diez y seis años ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, y mil y seiscientos y cuarenta y ocho despues de su poblacion. De la cual entrada redundaron adelante mayores y más terribles turbaciones en diversas provincias della que todas las pasadas, como lo verémos en el proceso de esta gran obra.

No faltan algunos escritores nuevos de mi tiempo, que certifiquen haber sido la tal venida de los cartagineses africanos en España muchos años adelante, de lo que la ponemos en esta parte, y ciertamente hiciéramos dellos aquí poca cuenta, si no tuvieran de su parcialidad al Maestro Antonio de Lebrija nuestro preceptor, en un tratado que comenzó de hacer en lengua castellana, declarando las antigüedades españolas, por mandado de la serenísima reina doña Isabel nuestra señora natural, pero de creer es, que si lo feneciera y emendára, siendo persona tan excelente, mudára lo que en esto dijo, juntamente con algunas otras cosas que tambien allí ponía, pues todas las historias auténticas de España cuantas en esto hablan, lo señalan en el tiempo que lo señalamos aquí. De las corónicas latinas ninguna lo contradice, muchas de las griegas declaran, que muy pocos años adelante deste tiempo que tratamos agora, los cartagineses en sus guerras africanas y de Sicilia, trajeron ejércitos españoles de Andalucía, cogidos á sueldo, significando la contradiccion que ya comenzaban á tener en aquella provincia, segun que muy presto lo contarémos todo por extenso.

CAPÍTULO XXXI.

En que se cuentan los nombres de las gentes y naciones españolas que moraban en el Andalucía, cuando los cartagineses vinieron allí para favorecer á los de Cádiz y sus fenices, contra los provinciales de la tierra.

Luégo como los cartagineses aportaron en Cádiz con aquel buen aparejo de su flota, lo



primero que hicieron fué comenzar á correr la marina frontera del Andalucía, considerando los puertos y lugares de quien se podrian aprovechar en lo venidero. Despues que lo tuvieron conocido, saltaron dentro de las comarcas, y pusieron en ellas sus guarniciones bien ordenadas, así por aquellos lugares y castillos que los fenices primero tenian sobre la costa, como por otras fortalezas y moradas, que tambien ellos comenzaron á poblar de nuevo, desde los cuales calaban y penetraban de dia en dia, haciendo daño en los andaluces adversarios de Cádiz, así que muy en breve tuvieron noticia cumplida de todas las maneras y tratos y condicion de la gente con quien venian á competir, y del sitio de su provincia que llamaban al presente Bética, con los asientos y calidad de toda su comarca, juntamente con cuantos provechos dentro contenian. Hallaron ser cosa muy cierta la fertilidad, y los mineros de plata y de oro y de pedrería preciosa que los de Cádiz habian publicado, y aún mucho más de lo que dijeron ellos. Notaron otros los aldeaños y límites y linderos que tomaban dentro toda la provincia Bética, los cuales como dejamos ya señalados en el primer libro, comenzaban á la parte de mediodía, desde la boca del rio Guadiana por la costa de la mar, hasta una villa nombrada Murgi, pueblo principal en aquellas marinas, que despues fué dicho Murgacras, como presto se verá, y agora le decimos Muxacra. Desde aquí pasaba al otro linderero de la tierra por cerca de la villa de Vera, que tambien la decian en aquel tiempo Velaria, donde comenzaba una raya derecha, que fenecia sobre la ribera del rio Guadiana, poco más alto de donde hallamos estos dias Villanueva de la Serena; despues aquel mismo rio fué la raya, mojon y aleñado desta provincia por los lados de Septentrion y Poniente. Supieron más los cartagineses nuevamente venidos, que por todo el espacio de la tierra contenido dentro destes límites, vivian tres diversidades de gentes españolas discrepantes en los apellidos, aunque conformes en la lengua, condicion y manera de vivir.

Los unos decian bastulos, moradores en la marina solamente, de la costa que viene desde Tarifa hasta las sobredichas villas de Vera y Muxacra, cercanas más á la mar en todos aquellos dias en que no las vemos agora. En una pequeña parte desta ribera sobre la canal del Estrecho, residian dos linajes de Bastulos, unos llamados masienos, otros Selbisos, entre los cuales hubo moradores fenices, segun dijimos, que tambien por allí como por toda la marina oriental de más adelante, bastecieron

pueblos de gente de Cádiz y de su nacion, cuales fueron Málaga y Almuñécar y Salobreña y Adra con las Algeciras, sobre las cuales andando los tiempos multiplicaron estos cartagineses en aquella mesma costa muchas otras; tanto que toda la vivienda desta marina se tuvo despues entre los antiguos por cosa de fundacion y cimiento cartagines incorporado con los andaluces bastulos antiguos, cuyo nombre y apellido permaneció por allí largo tiempo. Encima destes bastulos moraban otros españoles nombrados turdulos, y comenzaba su comarca de un lado sobre la mar, junto con el puerto de Menesteo, que llaman agora de Santa María, donde casi los más que dentro moraban era gente griega de nacion, mezclada con españoles, y los unos y los otros confederados á Cádiz; pero no participantes ni contentos de los daños que los dias pasados aquellos fenices obraban en el Andalucía. Desde aquel puerto pasaba la provincia de los turdulos por dentro siempre de la tierra, entre Jerez y Medinasidonia, y entre Arcos y Alcalá de los Gazules, y subian por allí contra el septentrion oriental, hasta cruzar con el rio Guadalquivir, pocas leguas abajo de donde fué despues Córdoba fundada, la cual se contó por discurso de dias entre los mesmos turdulos andaluces. Proseguia más la division por las faldas de un pedazo de Sierramorena, hasta dar en la raya primera y oriental de Bética. Con una pequeña parte destes turdulos andaluces en que caia Medinasidonia, Bejel, Alcalá de los Gazules, era la principal competencia de los fenices de Cádiz, porque las gentes de la costa cuantas moraban desde el puerto de Santa María hasta cerca de Conil, todas favorecian á Cádiz, las cuales eran por aquellos dias llamadas los turdulos curenses, y tenidas entre ellos como linaje sobre sí. Desde Conil á Tarifa, moraba tambien otro linaje de los mesmos turdulos andaluces, á quien antiguamente llamaban Lignios, contados en aquellos que los griegos por sobrenombre dijeron tartesios. Destos lignios solian creer mucha gente que cuantos en aquella casta nacian, tenian siete costillas no más en cada lado, siendo ciertos segun los escritores antiguos afirmaron, que todos los hombres del mundo nacen ordinariamente con ocho costillas, y mucho más cierto que son doce por cada lado. Decian eso mesmo todos ellos, no tener tantos dientes como las otras gentes ó naciones. Muy apartados moraban adelante dos linajes de turdulos andaluces, dichos por nombre proprio melesos y gyrisenos, en la tierra donde son agora la ciudad de Jaen y las villas de Alcaudete, Arjona, Baena y Al-



CAPÍTULO XXXII.

Del bravo recuento que los capitanes cartagineses recién venidos en España pasaron en llegando con algunos andaluces contrarios, y de la guerra que se comenzó de los unos á los otros en aquella tierra.

calá la Real, los cuales melosos y gyrisenos ocupaban toda la comarca por allí, hasta las aguas del rio Guadalquivir. El espacio restante de la Bética ó Andalucía hasta dar en Guadiana, poseian otros españoles nombrados turdetanos, que fueron siempre la mayor gente de todas estas provincias, y los que cuando vinieron aquellos cartagineses en España tenian más lugares y más poder en la tierra, y aún despues vino tiempo que casi tomaron dentro de sí las otras gentes de los turdulos arriba dichos, donde resultó lo que muchos autores cosmógrafos afirman en sus libros, diciendo los turdetanos antiguos y turdulos del Andalucía ser una mesma nacion, como se puede ver en Tito Livio y en el tercero libro de Estrabon, donde dice que ya por su tiempo no les hallaba diferencia, ni parecia division que los apartase.

Tenian estos turdetanos andaluces linajes y parentelas entre sí, como tambien tenian los otros andaluces turdulos y bastulos, unos llamaban cibicenos, que poseian solamente tres leguas de la marina, cuanta va desde el puerto de Santa María hasta la boca de Guadalquivir, en cuya meitad estaba la torre Geronda, de quien hablamos en el primer libro, morada vieja de Gerion, el antiguo tirano de España. Dentro de la tierra vivian otros turdetanos llamados ileates, y cerca dellos otros que se decian cempsios, y metidos poco más adelante los maneos, todos estos entre Guadalquivir y Tarifa, porque del otro lado del rio contra la vuelta de Poniente sólo hacen los cosmógrafos memoria de los albicenos turdetanos, y tambien de los cynitas que tomaban dentro de sí gran pedazo del rio Guadiana, puesto que tambien escriban haber otro tiempo morado por aquellas fronteras los cempsios ya dichos, y por guerras que tuvieron con sus comarcanos, dicen que pasaron á Guadalquivir y se quedaron del otro lado del agua, donde residian en este tiempo. Fueron tambien otros turdetanos llamados colimbros, y más otros que se decian astiros, como lo certifican entre nuestros coronistas los dos Julianos, no moradores en comarca ni region apartada, sino repartidos entre las poblaciones y lugares de su gente. De todos los turdetanos en general fué cabeza mayor la ciudad de Turdeto, de quien ellos parece que tomaron su nombradía; la cual en aquellos dias hubo dado mucho favor para la destruccion del templo y ciudad de los de Cádiz y sus fenices, por ser tan allegadas la una con la otra, que segun las señas hemos ya declarado de su postura, no parece que pudo ser entre ellas ambas más que tres ó cuatro leguas de viaje.

Pasada la flota cartaginesa desde Cádiz en lo firme del Andalucía, hechos algunos saltos y robos primero por las marinas y despues algo más dentro por la comarca, segun ya contamos, comenzaron muchos lugares á se recellar y bastecer y pertrechar contra sus dañadores, particularmente los vecinos de la ciudad de Turdeto, de quien ya tenemos escrito, los cuales, con mucho más poder y más diligencia que ninguno de los otros pueblos, se pusieron á punto, no sólo para resistirles, sino tambien para los ofender si dañasen alguna cosa de su ciudad. Acaudillaron otrosí la gente comarcana, señalando por capitanes y cuadrilleros entre sí personas que tuviesen cargo del negocio, entre las cuales personas dicen haber sido principal capitan y caudillo sobre todos uno llamado Baucio Caropo, ó segun lo nombra Don Sebastian Electo de Salamanca, en el prólogo de sus historias, Bocio Capeto, natural y morador en aquel pueblo de Turdeto, varon de crecida estatura, dotado de grandes fuerzas y esfuerzo, pero no de ménos virtud y prudencia, tanto que ya desde muchos ántes juzgaba la gente de su ciudad y lo más de todas sus comarcas en los pleitos y debates que sucedian con otros siete varones semejantes á él en bondad y discrecion, á quien este Baucio tenia señalados para compañeros suyos de cargo, muy entendidos y sabios todos ellos en la geometría, leyes y filosofía moral de los andaluces turdetanos; las cuales leyes fueron antiquísimas, segun escribimos en el tercero capítulo del primer libro, y comunmente las aprendian de cabeza los varones nobles y principales de esta gente para que teniéndolas en memoria, supiese gobernar á sí y á los otros vulgares de sus pueblos.

Eran aquellos gobernadores, y tambien Baucio Caropo, de la generacion y linaje que dijimos en el oncenno capítulo deste libro, morar por las comarcas fronteras á Cádiz, á quien solian revelarse cosas venideras en sueños, y ni más ni ménos declaraban otras visiones que cualquier hombre soñase, si traian significacion de cosa venidera. Salian sus pronósticos por la mayor parte tan verdaderos y ciertos, que comunmente reputaban aquella casta por gente divinal. Siendo, pues, tal este Baucio Caropo, sabido que los cartagineses y todos los



de Cádiz eran ya pasados en el Andalucía, donde repartidos por la tierra, luego de la primera llegada quemaron ciertas caserías, y tomaban ganados, y prendian, y mataban hombres de su nación cuantos hallaron á la mano, pesquisó contra qué parte discurrían ciertas banderas africanas que hacían lo más deste daño, las cuales tuvo noticia muy cierta que corrían el campo más delanteras que las otras, y se recogían en una palizada que por allí tenían, cercada de fosas y bien fortalecida, con un capitán cartagines mucho diligente y astuto, llamado Meceral, ó según otros escriben Maharbal, que procuraba de sostener aquella pendencia más que nadie. Luego, como de todo fué certificado Baucio Capeto, salió de su pueblo venida la noche con el número de gente que le pareció necesario. Y llegados á las estancias de los cartagineses, acometieron por todas partes tan animosamente, que saltadas las fosas, entraron lo fuerte de la palizada, donde se comenzó la matanza mucho cruel y sangrienta, con tanta presteza que casi nadie pudo librarse de prisión ó de muerte, sino fueron Meceral el capitán y muy pocos otros, que viéndose perdidos, tomaron caballos, y desamparada la gente que moría, se pusieron á salvo, heridos y maltratados primero que de la palizada saliesen. Con esto los turdetanos y su capitán tornaron á la ciudad, y los despojos que por allí ganaron, aunque fueron pocos y no muy preciosos, los colgaron en el templo de sus ídolos con algunas manos diestras que cortaron á los muertos principales, y las pusieron entre las otras preseas, como lo tenían de costumbre, por memoria de sus victorias. Aquello fenecido, porque la gente gustase más de la prosperidad y los enemigos cobrasen doblado pavor, el día siguiente Baucio Caropo vino por las riberas abajo del río que decimos ahora Guadalete, caminando contra la mar, de quien hablaremos adelante más particularidades en los treinta y cuatro capítulos venideros; y como supiese que también allí tenían los cartagineses algunas barcas y bateles llenos de mantenimientos y de diversa provision, acometiéndolos presto con mucha ferocidad, y tomados á prisión, algunos que se defendían les puso fuego, quemándolos casi todos con cuanta carga tenían. Esto dió gran temor á los contrarios para no se desmandar como quisieran, y para vivir más avisados que primero; pero mucho más los refrenó cierto salto que poco despues el mismo Baucio quisiera dar en otro reparo cerca deste, puesto que no pudo venir en efecto, como lo pasado, porque los cartagineses que lo defendían, cuando supieron que

Baucio llegaba, desampararon el sitio dejando todas sus armas y provisiones, sin esperar á recoger cosa dellas, como negocio que les iba ménos que en salvar las vidas, ó también porque detenidos los enemigos en el robo, tuviesen los cartagineses más lugar en la huida, como de hecho sucedió cuando los turdetanos y su capitán llegaron, que recogido cuanto por allí pudieron haber, se volvieron á su pueblo cargados de muchas preseas, y lo pusieron en la parte que primero tenían el robo de los otros recuentros que con ellos habían pasado.

CAPITULO XXXIII.

Cómo los cartagineses recién venidos en España mudaron el estilo de la guerra, poniendo treguas con algunos andaluces; con otros prosiguieron la pendencia tibiamente, favoreciendo siempre la parte de Cádiz en gran disimulacion y cautela.

Hiciéronse tan á tiempo los desbarates pasados y con tal esfuerzo y denuedo, que visto por los cartagineses el daño que recibían y que los turdetanos andaban airados y se paraban á la guerra de propósito con capitanes señalados, no lo soliendo hacer sino cuando tenían cosas muy determinadas, parecióles que para poder quedar en aquella region y comarcas efectuando la demanda secreta que pretendían, convenia asegurarlos por el presente y no permitir que de gente tan poderosa por aquellas partes tuviesen contradicción. A este fin les enviaron luego mensajeros, diciendo que ciertos capitanes suyos, no sabiendo las divisiones ó repartimientos de la tierra, se metieron por aquella region de Turdetania haciendo males y daños en ella; de lo cual á todos los otros cartagineses habia desplazado, porque su principal intencion era pacificar las turbaciones pasadas, con el mismo rigor y castigo que fuese posible, generalmente por todas las gentes que hubieron ofendido á los de Cádiz y á sus templos y dioses y cosas santas, pero sin ménos daño que de nadie con la nación de los turdetanos, á quien tenían especial mandamiento de la Señoría cartaginesa que los recibiesen en su confederacion y les hiciesen todas las buenas obras y buena vecindad que pudiesen, así por lo merecer ellos, como por tener ya noticia que de todo lo hecho contra Cádiz fueron poco culpados, y que para seguridad de lo dicho mandarian á la hora que las compañías cartaginesas cuantas por allí se desmandaban saliesen de su provincia Turdetana, sin hacerle más daño; por tanto, que los turdetanos repasasen y dejasen las armas, no queriendo tomar



recelo de quien no tan sólo no los habia de injuriar, sino vedar y contradecir á cualquier otra gente que les ofendiese. Parecióles muy bien á los turdetanos andaluces la petición desolos cartagineses, según aquellos días eran inocentes y bien acostumbrados; y cuanto á la república della respondieron que holgaban en oír sus buenas razones y comedimientos, aunque las obras primeras fueron mucho contrarias de lo que publicaban agora, mas que salidos ellos de la provincia turdetana como prometían, lo tendrían todo por cierto; cuanto á lo venidero, harian como les hiciesen, pues dado que los vecinos de Turdeto con toda la nación turdetana fuesen conocidamente deseosos de paz, siendo la guerra necesaria, holgaban tanto con ella como con el reposo, porque lo tal amonestaban y mandaban sus leyes antiguas, á quien ellos tenían por instruccion y precepto de su vivir; lo demas guiasen los dioses como les pluguiese, favoreciendo las partes justas y confundiendo los tiranos donde quiera que saliesen. Esta respuesta (según fué bien atentada) podemos conjeturar que la darian por consejo del andaluz Baucio Caropo, su capitán, del cual no hallamos otra memoria, fuera de lo que dijimos en el capítulo precedente, más de ser muerto pasados pocos días y que sus parientes lo sepultaron magníficamente, poniéndole por el contorno del monumento tantos pedrones ó pizarras enhiestas, cuantos adversarios le vieron matar en las guerras y cuestionen en que se halló cuando fué vivo, porque tal costumbre tenían en sus mortuorios casi todas las gentes españolas de su tiempo, y áun lo tuvieron las de muchos otros años adelante.

Llamaban aquellos pedrones ó pizarras levantadas, calpas ó calepas en su lengua provincial, como lo significa Juliano Diácono. Los capitanes cartagineses, considerada la resistencia grande que por allí se les hacia, dejaron aquella provincia de los turdetanos, y revolviendo sobre las otras gentes andaluzas de la comarca, trabajaban principalmente de conservar los lugares y poblaciones de fenices, tirios y sidonios, en que los andaluces no tocaron, que según ya señalamos en el oncenno capítulo, fueron algunas en aquellos derredores, sin la de Medinasidonia que hallaron destruida. Bastecian otrosí cualesquiera estancias ó sitios ó torres de las antiguas, donde no pareciese dificultad; desde las cuales proseguían su pendencia cautelosamente, porque cuanto más duraban en ella, tanto mejoraban sus negocios, reconociendo las maneras con que se debían tratar los andaluces. Si por algún cabo vian

resistencia notoria, procuraban luego confederaciones y nuevas amistades, con color de las cuales entraban, y se metían entre la simplicidad de todas aquellas gentes, y las ocupaban más fácilmente con este tal engaño, que con las armas, ni con otro rigor que les pusieran. En otros lugares flacos mostrábanse crueles, si lo podían hacer á su salvo, publicando ser aquello venganza de las injurias hechas á los de Cádiz. Desta suerte, pasados pocos años, unas veces por bien, otras veces por mal, no les quedó cosa que no tuviesen á su mandar en aquellos derredores, ó no la juntasen á su confederacion, con tantas astucias y dobleces, que los de Cádiz se tenían por muy satisfechos y vengados de quien mal querían; y junto con esto la mayor parte de los otros andaluces que primero fueron contrarios, amaban y servían la parcialidad cartaginesa, lo cual era la cosa que Cartago más procuraba, porque verdaderamente todo su deseo fué desde los primeros días que tuvieron noticia de España, arrárgase cuanto pudiesen en ella, no sólo por el Andalucía, como los fenices pretendieron, sino por todas las otras provincias que más pudiesen. La ciudad y templo de los de Cádiz que los años pasados fué destruida, nunca tentaron á restaurarla, porque según habia sido enojosa y aborrecible á los de la tierra, temieron que si viesen los andaluces el edificio renovado, se moverían de nuevo y áun podría ser que tornados á juntar con los turdetanos y galos célticos, como la primera vez, revolviessen la guerra sólo por aquel respecto.

CAPITULO XXXIV.

De la discordia grande que se recreció entre los vecinos de Cádiz y los cartagineses, en que despues de haber peleado unos con otros, los cartagineses fueron echados fuera de la ciudad con muchos daños y muertes que hicieron en ellos.

En estos negocios gastaron los cartagineses algun tiempo, disimulando con los unos y con los otros, y publicando ser toda su voluntad confederar á los andaluces con los de Cádiz, para que (pues ya parecían estar satisfechos en lo principal) viviesen amigos y concordés en lo de por venir, dado que, como dije, pareció ser más verdadero y más al propósito de sus intentos, negociar y mirar en qué manera podrían ellos quedar en la tierra, sojuzgando los que primero la poseían, y señoreándolo todo; para la cual llevar adelante, y poderlo emprender y principiár con ménos estorbo, comenzaron poco despues á se congraciár dentro